

## XVII

## LA CARIDAD

Rodolfo vituperaba al marqués de Harville, pero se propuso disculparlo á los ojos de Clemencia, aun que estaba convencido de que según las revelaciones de ésta el marqués había perdido para siempre su corazón. Después de una larga serie de reflexiones, Rodolfo vino á hacerse á sí mismo los cargos siguientes: el deber me ha obligado á alejar de mí una mujer á quien amaba... y que acaso me correspondía. Ya fuese por el vacío en que se hallaba su corazón, ó por conmiseración, creyendo ciegamente en la desgracia de un fatuo, estuvo á punto de perder su honor y aun la misma vida. Si en lugar de alejarme de ella la hubiera consagrado mi atención, mi amor ó mi respeto, mi reserva hubiera puesto á salvo su reputación, y su marido no hubiera llegado á concebir la más leve sospecha; al paso que ahora se halla á la merced de un necio como Carlos Robert, que sin duda será tanto menos reservado y discreto, cuanto mayores motivos tenga para serlo. ¿Y quién sabe, además, si el corazón de Clemencia permanecerá indiferente después de los peligros de que ha salido? Joven, hermosa, pretendida, desviada de su marido por una oposición invencible... ¡cuántos escollos no encontrará en el camino de la vida! ¡Qué suerte desgraciada también, qué amargura la de su esposo, celoso y enamorado de una mujer á quien no puede inspirar más que desvío y horror desde la primera noche fatal de su casamiento!

Clemencia, con la cabeza apoyada en una mano, los ojos arrasados de lágrimas, el rostro encendido y llena de confusión, evitaba las miradas de Rodolfo y no podía soportar la vergüenza de la revelación que acababa de hacer.

— ¡Ah! — dijo Rodolfo — ahora comprendo la tristeza del marqués de Harville... Ahora veo la causa de su eterna pesadumbre...

— ¡Pesadumbre! — exclamó Clemencia — decid más bien de su remordimiento, monseñor... si fuera capaz de sentirlo... porque jamás se ha podido meditar ni cometer con más frialdad un crimen de tal naturaleza...

— ¡Señora!... ¡un crimen!...

— ¿Y qué nombre daréis, monseñor, á un hombre que viéndose acometido de una enfermedad incurable que sólo puede inspirar espanto y horror, se une con lazos indisolubles á una criatura sin experiencia, que se entrega á él confiada en su honor? ¿Qué nombre daremos al que sabe que los hijos que tenga de esta unión serán inevitablemente tan desgraciados como él? ¿Quién obligaba al marqués de Harville á sacrificar dos víctimas inocentes? ¿Acaso una pasión ciega é insensata?... No, seguramente... se ha prendado de mi nacimiento, de

mi fortuna y de mi persona... y determinó casarse porque *le gustaron mis circunstancias*, y porque se había cansado de vivir soltero...

— Á lo menos, señora, que merezca vuestra compasión.

— ¡Compasión!... ¿Sabéis, monseñor, quién la merece?... mi hija... esa desgraciada víctima de nuestra espantosa unión. ¡Infeliz! ¡cuántos días, cuántas noches crueles me ha costado esa inocente criatura!... ¡Cuántas lágrimas me ha hecho derramar su dolor!...

— ¡Pero su padre sufre los mismos dolores sin merecerlos!...

— Pero su padre es quien la ha condenado á una niñez enfermiza, á una juventud marchita, y, si vive, á una vida aislada y triste... porque jamás se casará. ¡Oh! no, la amo demasiado para exponerla á que llore un día la suerte miserable de sus hijos, como yo lloro la suya... Esta traición me ha hecho padecer mucho, y jamás seré cómplice de una traición de tal naturaleza.

— Tenéis razón, señora... la venganza de vuestra madrastra ha sido horrible... Paciencia... acaso llegará también el día de vuestra venganza... — dijo Rodolfo después de reflexionar un momento.

— ¡Qué queréis decir, monseñor? — preguntó Clemencia asustada por la cadencia enfática de la voz de Rodolfo.

— Casi siempre he tenido la dicha de ver castigados... sí, cruelmente castigados á todos los malos que he conocido — añadió con un tono que hizo estremecer á Clemencia.

¿Pero qué os dijo vuestro marido al otro día de esa noche fatal?

— Me ha confesado con maravillosa tranquilidad que las familias á quienes había querido unirse, habían descubierto el secreto de su enfermedad y roto por consiguiente los dos enlaces... y sin embargo de haber sido desechado dos veces... quiso todavía... ¡oh! no tiene disculpa; ¡es una infamia!... exclamó desesperada. Y el mundo llama á estas personas caballeros bien nacidos y hombres de honor...

— Á pesar de vuestra bondad habitual sois á veces muy cruel, marquesa.

— Soy cruel porque he sido infamemente engañada... Ya que d'Harville conocía mi bondad, ¿por qué no me ha revelado la verdad?

— Entonces no le hubierais dado vuestra mano.

— Esa palabra le condena, monseñor; si existió ese temor, su conducta ha sido una traición abominable, que no puede perdonarse.

— ¡Pero os amaba!

— ¿Y porque me amaba debía sacrificarme á su egoísmo?... Estaba tan atormentada, era tal el ansia con que deseaba abandonar la casa de mi padre, que si hubiese sido franco conmigo, acaso hubiera obtenido mi consentimiento... Sí, al verlo tan leal y tan desgraciado, quizá no hubiera tenido valor para negarle mi mano; y una vez aceptado de este modo el deber de sufrir las con-

secuencias de mi voto, las hubiera sobrellevado con valor y resignación. Pero haber querido comprometer mi piedad y mi interés hacia él poniéndome antes bajo su dependencia, y exigir este interés y esta piedad á nombre de los deberes de mujer propia, ¿y quién?... ¡un hombre que para conseguirlo ha faltado á los deberes del honor... eso es una bajeza infame, una locura! ¡Considerad ahora, monseñor, cuál será mi vida, y cuál habrá sido mi cruel desengaño! He confiado en la lealtad del marqués de Harville, y me ha engañado indignamente... Su tímida y dulce melancolía me ha interesado en su favor; y esa melancolía, que según él era causada por recuerdos piadosos, provenía de otra causa.

— Pero aun cuando fuese una persona extraña, un enemigo, sus males merecerían vuestra compasión: sois noble, generosa.

— ¿Pero acaso puedo yo calmar esos sufrimientos? ¡Si mi voz fuese escuchada, si á mis miradas de ternura correspondiese una mirada de gratitud! Pero no, vos no sabéis, monseñor, cuán horribles son esas crisis en que el hombre forcejea con un furor salvaje, nada ve, nada oye, nada siente, y sale de su frenesí para caer en un abatimiento feroz. Cuando mi hija tiene uno de esos ataques, yo no puedo hacer más que desesperarme, mi corazón se despedaza, y vertiendo mares de llanto, beso sus débiles brazos cuando se retuercen por las convulsiones que ponen su vida en peligro. Pero es mi hija, y cuando la veo sufrir de esa manera, maldigo á su padre cien y cien veces. Cuando sus dolores se calman, se calma mi ira, y entonces compadezco á mi marido y el odio que antes me inspiraba se convierte en un sentimiento de compasión dolorosa. Pero yo os pregunto: ¿me casé yo hace 17 años para no sufrir más que esas alternativas de conmiseración y de odio y para llorar sobre una hija desdichada, que acaso conservaré poco tiempo? Á propósito de esa hija, monseñor, permitidme que yo misma me dirija un cargo que sin duda merezco, y con que vos quizás no queréis afligirme. Esa hija es tan interesante que por sí sola debiera llenar mi corazón todo, porque la amo con extremo; mas ese amor frenético está mezclado con tantas amarguras presentes, y con tantos temores para el porvenir, que la ternura hacia mi hija acaba siempre por arrancarme lágrimas. Cerca de ella mi corazón está siempre lacerado y lo siento despedazarse, porque no me es posible conjurar los males que se consideran incurables. Para huir de esta atmósfera fatal y abrumadora había pensado en un afecto cuya dulzura me sirviese de refugio y de consuelo; pero ¡ay de mí! reconozco que me engañé y heme otra vez condenada á la dolorosa existencia que me creó mi marido. Ahora bien, decidme, monseñor, ¿era ésta la vida que yo tenía derecho á esperar? ¿Soy yo sola la que tiene culpa de los errores y obcecación que esta mañana quería Mr. de Harville hacerme expiar con la vida? Sé que esos yerros son grandes, tanto más porque la elección que hice me avergüenza.

Felizmente para mí la conversación que oísteis entre Sara y su hermano Tomás acerca de Mr. Robert, me evita el rubor de esta confesión; mas yo creo que ahora os parezco tan digna de lástima como de vituperio, y espero que en la cruel posición en que me encuentro no me negaréis el auxilio de vuestros consejos.

— No puedo explicaros, señora, hasta qué punto me ha conmovido vuestro relato: desde la muerte de vuestra madre hasta el nacimiento de vuestra hija, ¡qué de tristezas, qué de pesares habéis devorado! Vos, tan admirada, vos, á quien todo el mundo envidia....

— ¡Oh! creedme, monseñor; cuando á una le afligen cierta clase de desgracias, es muy doloroso oír que otros exclaman: ¡cuán feliz es!

— ¡Sí, es cruel, muy cruel; pero no sois la única que sufre ese martirizador contraste entre la apariencia y la realidad.

— ¿Cómo así, monseñor?

— Á la vista ajena, vuestro marido parece más feliz que vos todavía, puesto que os posee; y sin embargo, ¿no es bien digno de lástima? ¿Hay en el mundo vida más cruel que la suya? Sus agravios hacia vos son grandes, pero su castigo es terrible: os ama como merecéis ser amada y sabe que os repugna de una manera invencible; en su hija enfermiza y doliente ve un continuo vituperio, y para colmo de martirios le atormentan los celos.

— ¿Y puedo yo impedirlo? En hora buena que no le dé motivo para ser celoso; ¿mas porque mi corazón no pertenezca á nadie, ha de pertenecer á él? Bien le consta que no. Desde la horrible escena que os he referido, vivimos separados; pero á los ojos del mundo le tengo todas las consideraciones que el bien parecer exige; á nadie más que á vos he dicho una palabra de este fatal secreto.

— Os aseguro, señora, que si el servicio que os he prestado mereciese alguna recompensa, me creería mil veces satisfecho con vuestra confianza: y supuesto que me pedís consejos, y me dais permiso para hablaros francamente....

— Os lo ruego con toda mi alma.

— Permitidme que os diga que en la imposibilidad en que estáis de hacer uso de una de vuestras mejores cualidades perdéis por otra parte mil goces que no sólo satisfarían las exigencias de vuestro corazón, sino que os distraerían de vuestros pesares domésticos, y satisfarían esa necesidad de vivas emociones y esa natural afición (perdonadme si ofendo á vuestro sexo) al misterio y á la intriga que tiene sobre él tanto imperio.

— ¿Qué queréis decir, monseñor?

— Quiero decir, señora, que si deseaseis *divertiros* en hacer bien, nada os gustaría ni interesaría tanto. Bien comprendéis que por esto no entiendo yo lo que es muy frecuente, eso de enviar con indiferencia y hasta con desdén una

buena limosna á tal ó cual desventurado á quien no se conoce, y que muchas veces son indignos de que se les socorra; pero si vos os *divertierais* como yo *jugando á la Providencia*, convendriais en que hay *buenas obras* que tienen todo el interés y el atractivo de una novela.

Nunca me había ocurrido, monseñor, dijo Clemencia sonriéndose, ese modo de mirar la caridad desde el punto de vista *divertido*.

— Es un descubrimiento que debo al horror que tengo á todo lo que es enojoso, horror que en particular me han inspirado las conferencias políticas con mis ministros; más volviendo á nuestra beneficencia *divertida*, diré que no tengo la virtud de esas gentes desinteresadas que encargan á otros la distribución de sus limosnas. Si se tratase de enviar uno de mis chambelanes para que llevase algunos centenares de lises á cada barrio de París, confieso francamente que eso me daría poquísimo gusto, al paso que no encuentro en el mundo cosa más *divertida* que hacer el bien del modo que yo le hago; y digo *divertida*, porque esta palabra lo significa todo: lo que gusta, lo que encanta, lo que aficiona. En verdad, señora, que si quisierais ser mi cómplice en algunas *tenebrosas intrigas* de esa clase, veríais que además de la nobleza de la acción, nada hay tan curioso, y muchas veces nada tan divertido, como esas aventuras caritativas; y además, ¡cuántos misterios para ocultar el beneficio! ¡cuántas precauciones para no ser conocido! ¡qué diversos y fuertes afectos á la vista de la pobre y honrada gente, que al veros lloran de gozo! Todo eso vale muchas veces tanto como la desapacible cara de un amante infiel ó celoso, que es al fin lo que alternativamente vienen á ser los amantes. Las agitaciones de que hablo, son á poca diferencia las que habéis experimentado esta mañana yendo á la calle del Templo. Vestida sencillamente para que no os conozcan saldríais de casa con el corazón palpitante; con la mayor inquietud tomaríais un modesto carruaje de alquiler, corriendo también las cortinas para no ser vista, y luego, mirando á todos lados por el recelo de que os sorprendieran, entraríais furtivamente en alguna casa de miserable aspecto, como la de esta mañana. La diferencia consiste en que hoy pensabais: si me descubren, soy perdida, y entonces pensaríais: si me descubren me bendecirán; mas como vos tenéis la modestia propia de vuestras adorables prendas, echaríais mano de la astucia mas páfida y mas diabólica para que esto último no sucediera.

— ¡Ah! monseñor! exclamó Mad. de Harville enternecida, vos me salváis: yo no puedo explicar las nuevas ideas y las consoladoras esperanzas que despertan en mí vuestras palabras: decís bien: dedicar el corazón y el espíritu á hacerse adorar de los que sufren, es casi amar; ¿qué digo? es más que amar. Cuando comparo la existencia que veo á lo lejos con la que me preparaba por medio de mi vergonzosa falta, los cargos que me dirijo á mí misma son cada vez más duros.

— Esto me desconsolaría, dijo Rodolfo sonriéndose, porque mi objeto sería ayudaros á olvidar lo pasado, y á demostraros únicamente que son infinitas las distracciones que al corazón pueden proporcionarse. Son los mismos casi siempre los *medios* que se emplean para hacer el bien y el mal. El *fin* suele ser diferente. En una palabra, si el bien es tan *divertido* como el mal ¿por qué no lo preferiremos? Voy á haceros, marquesa, una comparación muy vulgar: ¿Por qué tienen muchas mujeres por amantes á hombres que valen mucho menos que sus maridos? Porque el mayor encanto del amor es el atractivo de la dificultad; privada á ese amor de los temores, de las angustias, de los peligros que lo redean, y nada quedará de él, ó muy poco; es decir: quedará el amante en su primitivo estado. Esto viene á ser lo mismo con corta diferencia que la aventura de aquel hombre, á quien se preguntó una vez por qué no se casaba con su querida, y respondió: «Ya se me ha ocurrido la idea, pero pensándolo mejor, he visto que después no tendría en donde pasar las noches.»

— Es la pura verdad — dijo la de Harville sonriendo.

— Veamos ahora; si hallase yo un modo de haceros sentir esos temores, esos pesares y esas inquietudes que ya os agradan sin haberlos experimentado; si utilizase vuestra inclinación natural á lo misterioso y á las aventuras, vuestra propensión al disimulo y al artificio (ya veis que no puedo disimular mi execrable opinión de las mujeres) ¿no llegaría á convertir en cualidades generosas ese instinto imperioso é inexorable, que puede ser útil y benéfico si se emplea bien, pero pernicioso y funesto si se emplea mal?... Vamos claros, marquesa; ¿Queréis que representemos los dos una tramoya de maquinaciones caritativas y benéficas? Tendríamos nuestras citas, nuestra correspondencia, nuestros secretos, en fin; y sobre todo, nos guardaríamos bien del marqués, porque debe andar algo alarmado con vuestra visita de esta mañana á la familia de Morel. Finalmente, marquesa, si os decidís, combinaremos una intriga en toda regla.

— Acepto con placer y con gratitud, monseñor, esa asociación *tenebrosa* — repuso Clemencia. — Y para dar principio á nuestro drama, volveré mañana á ver á esos infelices; á quienes no he podido dar hoy más que palabras de consuelo; porque un niño cojo, aprovechándose de mi turbación, me robó el bolsillo que me habíais entregado. ¡Ah, monseñor! — añadió Clemencia, de cuyo semblante desapareció la dulce expresión de alegría que la había animado por un momento — ¡si vierais que miseria!... ¡qué cuadro tan horrible! No, yo no creía que pudiese existir una miseria tan grande... ¡Y me quejo de mi suerte!... ¡Y me tengo por desgraciada!...

No queriendo Rodolfo manifestar á la marquesa la sensación que le había causado esta prueba del alma generosa de su interlocutora, dijo con tono alegre: Si no lo lleváis á mal, exceptuaré á la familia de Morel de nuestra piadosa comunidad. Os ruego que dejéis á mi cargo aquellos desdichados, y sobre todo me